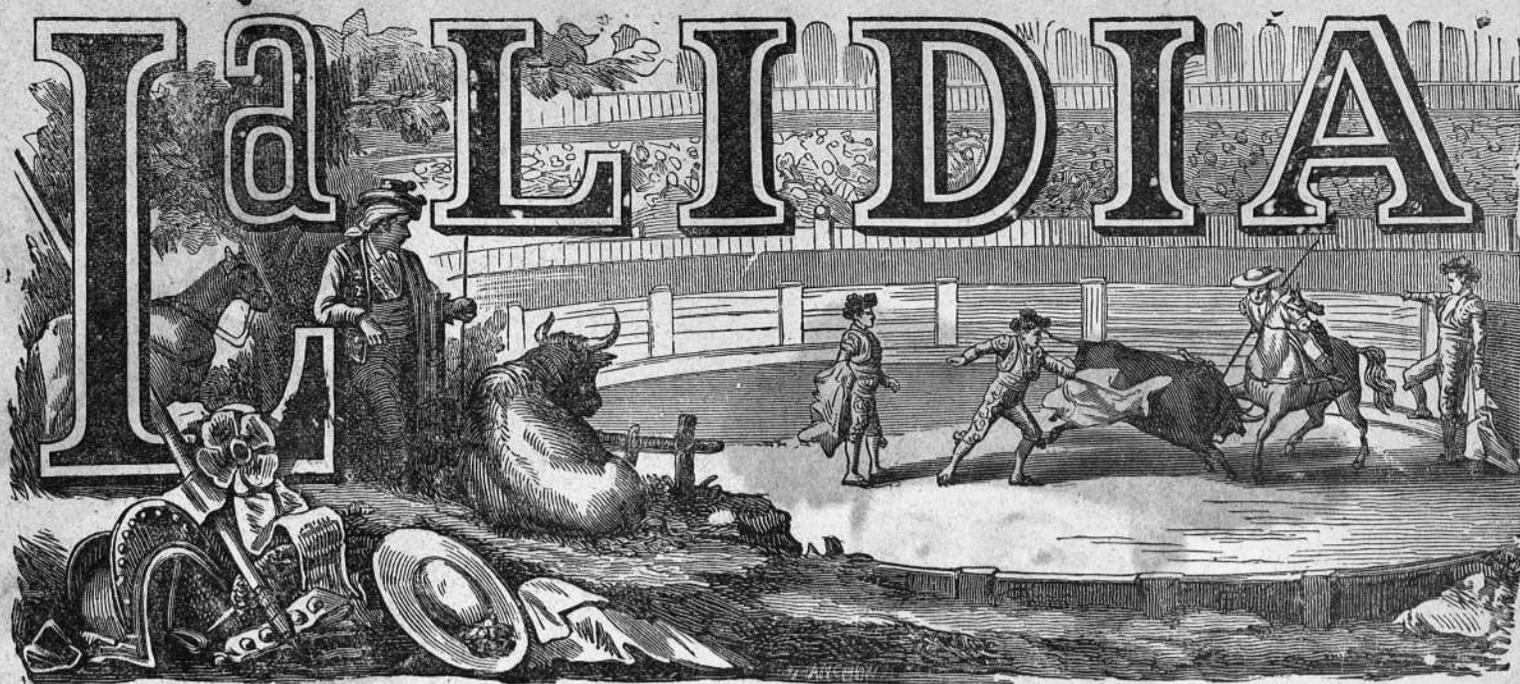


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre... Pesetas 2,50
 Provincias: trimestre... > 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios... > 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

ÚNICOS AGENTES PARA LA VENTA DE LA LIDIA
SEÑORA VIUDA DE POZO É HIJOS
 CALLE DEL OBISPO, N.º 55. — LIBRERÍA
HABANA.

SUMARIO

Adelantos... (?), por J. Sánchez Neira.—Toros de guerra,
 por Sobaquillo.—Nuestro dibujo, por M. del T. y H.—
 Capotazos, por Don Cándido.—Advertencia.

ADELANTOS... (?)

ME refiero á los de la suerte de banderillas, si es que pueden así llamarse los que mas bien merecen el nombre de retroceso. No voy á invocar en apoyo de mi opinión la de los aficionados viejos, porque estoy convencido de que si tal hiciere, pondríase tacha al testimonio por la gente nueva, que no quiere ver en lo antiguo más que la pasión por lo tradicional; ni quiero tampoco apelar al dictamen de la afición moderna, que no ha visto más que lo que ve hoy, y, por consiguiente, no puede comparar para escoger lo mejor.

Veré si—despojándome de afecciones respecto del sistema antes usado, lo mismo que del que ahora se ha erigido en escuela—consigo colocar el asunto bajo el verdadero punto de vista. En un buen medio está la virtud; y para hacer apreciaciones justas, preciso es desatender hasta la influencia que los recuerdos dejan en el ánimo del que no es joven, y la pasión que siempre alienta en el pecho del que no ha llegado á la edad madura.

Antiguamente, pero no tan de antiguo que haga más de treinta años, los banderilleros que conocieron todos los aficionados de entonces, muchos de los cuales viven y Dios conserve muchos años, salían con los palos al redondel luego que oían la señal del clarín, é iban al toro donde quiera estuviese, sin ayuda de capotes y sin que los espadas fueran á situarse en el centro de la plaza, á manera del árbol de pólvora que suele haber para funciones de novillos. Cerca de las tablas estaban, sí, colocados algunos peones que cuidaban de amparar en la huida á los banderilleros y de estorbar que el toro los alcanzase; y de ese modo, sin ayuda de vecino, clavaban los rehiletos al cuarteo, á la media vuelta, al relance y bastantes veces de frente

ó á topa carnero. Si el caso lo requería, cambiaban rápidamente los terrenos; pasábanse alguna vez, pocas, sin pinchar, y torcían el rumbo de las reses, simulando la carrera hacia un lado y entrando por el contrario consintiéndolas. A excepción de las banderillas al sesgo en las tablas, en que ya los peones acudían de cerca, en previsión de alguna contingencia, nunca los toros eran colocados, traídos ni llevados á la suerte, cuya duración rara vez era de más de cinco minutos. De ese modo parearon con gran éxito los notables banderilleros Capita, Jordán, Chauchau, Blayé, Muñiz, Lillo, Cuco y Regatero, que siempre escucharon palmas y nunca silbidos. El último particularmente, sin auxilio puso muchos pares á topa carnero, y Pablito al sesgo en iguales condiciones.

Era verdaderamente asombroso contemplar al hombre indefenso, sin más armas que dos palos cortos, que guiado por su deber y por su inteligencia, aceleraba su paso en dirección á la fiera, que al verle emprendía á su vez el viaje para encontrarle, y una vez chocando en el centro de ambos terrenos, salir aquélla rebrincando, sin conseguir dar alcance al valiente que le había lesionado. Alguna vez ahora acontece lo mismo en rarísimos casos, lo cual prueba que no se ha olvidado la suerte sino que no quieren hacerla los toreros, porque es menos aparatosa y cabe en ella menos engaño y ficción que en la que hoy practican ordinariamente.

Pero desde que Antonio Carmona, el Gordito, inventó poner las banderillas al quiebro, metiendo los pies en un pequeño aro, ó colocándolos sobre un pañuelo; desde que llevó su atrevimiento á sentarse en una silla y á tener entre los pies un hombre tendido, la suerte ha sufrido una completa mudanza. Necesitase indispensablemente para ejecutar bien y sin peligro estas últimas suertes, que el toro se halle en completa línea recta con el banderillero, y á colocarle en esa postura tienden los esfuerzos de todos los capeadores: es también preciso que detrás del diestro, y en la misma línea para que el toro no le vea hasta el oportuno momento, se sitúe un buen capote—que suele ser uno de los espadas—con el fin de llevarse la fiera, llamándola antes de que intente revolverse contra el que, al desaparecer de su vista, la ha herido, dejándola, si acaso, por mísero trofeo de su bárbara y burlada ferocidad, una miserable silla que destroza en mil añicos.

Todo eso es preciso, indispensable hacerlo para las suertes inventadas por el Gordito, y

bien puede consentirse y sufrirse la pesadez de la preparación, cuando la hay, en gracia de la emoción agradabilísima que proporciona; pero, ¿es indispensable, es conveniente siquiera ejecutar esos avances gimnásticos de toda una cuadrilla de toreros capoteando á diestro y siniestro y mareando al toro y al público?

Conteste quien quiera, que sin dudar un momento lo hará negativamente.

No es indispensable, porque si siempre hasta la época del Gordito pudieron los banderilleros cumplir su obligación, y alguna vez ahora también, sin que vengan *jaleadores* en su auxilio, no hay razón para que dejen de hacerlo constantemente: y la conveniencia está negada desde el momento en que no se ve la necesidad. A más avanza yo: llego hasta el punto de afirmar que aparte de no ser indispensable, ni conveniente, es *perjudicial*; que perjuicio es, y muy grande, para la lidia, traer y llevar un toro cuándo á la derecha, cuándo á la izquierda, recordándole siempre y no dejándole que de las tablas adelante mucho á los medios, ni se atrase hasta el extremo de acularse á ellas. ¿Cómo con tales movimientos no ha de recelarse, taparse é irse al bulto? Gracias á que atendiendo el animal á varios puntos, y sobre todo á que la carrera es en corto y la trae ganada el diestro, las banderillas pueden resultar bien puestas; que si de lejos viniera, y hubiera que esperarle, por no huir... no sucedería nada y es inútil pronosticarlo, porque no hay quien espere la llegada. De los banderilleros que hoy viven no he visto hacerlo más que al Ostión, y una vez nada más. ¡Nada más!

Con que, en vista de lo que llevo dicho, ¿en qué quedamos? Prescindiendo de todas las demás suertes del toreo y ciñéndonos tan sólo á la de banderillas, ¿vamos adelantando?

Quien de buena fe piense en ello, y compare los banderilleros aislados y sin auxilio con los que necesitan ayuda y jaleadores, que decida. Y cuenten que no me refiero á tiempos antiguos propiamente dichos, no; á los de ahora mismo, cito a los aficionados para que digan si no creen que antes de veinte años el quiebro en la silla habrá desaparecido, como han desaparecido los pares «á pie firme» del Regatero, el cuadrar en la cabeza de Armilla, y el famoso sesgo de Pablito.

Á la verdad ha sustituido la mentira, á la formalidad el barullo... sigan, pues, los *adelantos*.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

CARTAGENA



TOROS DE GUERRA

NO ALUDO á los que estoquea Rafael II, ni tampoco quiero decir que este sin par mancebo se haya metido á criador de reses bravas, como Rafael I, su glorioso predecesor.

Trátase de una nueva idea que entrego á la mastiación, deglución, digestión, etc., etc., de mis contemporáneos, y que viene á continuar la serie de «estudios» en que me he propuesto aplicar á la tauromaquia las *ineluctables* leyes del progreso.

Creo que no necesitaré más explicaciones el lector que me haga la merced de recordar mis artículos *Un nuevo cuerpo facultativo*, *Lances de honor*, *Toros mecánicos*, *Santoral taurino*, *El estanco de los toros*, y alguno más de igual especie.

La idea que voy á apuntar me la ha sugerido un hecho que acaba de ocurrir en Sevilla, ó mejor dicho, en sus afueras.

¿Quién no ha leído en los periódicos lo acontecido á un regimiento de caballería, que estando de paseo reglamentario, tropezó con los toros destinados á tres corridas, con sus correspondientes paradas de cabestros y el obligado acompañamiento de ganaderos, zagales, garrochistas, etc. etc.?

Los caballos del regimiento se asustaron, desbocándose gran número de ellos. Hubo graves caídas de los soldados, y en el ganado daños sin cuento, porque los animales se lanzaban ciegos hacia las zanjas y arboledas, coceándose mutuamente en los encuentros.

Aquello fue un desastre, los oficiales que conducían la tropa se vieron en grandísimo aprieto para poder rehacerla, y regresar al cuartel á reponerse de tan imprevista y singular derrota.

Las consecuencias que hasta ahora ha tenido esta aventura un si es no es cervantesca, reducen á una serie de altisonantes oficios (esto es muy español) mediados entre el coronel del regimiento, y el capitán general, y el alcalde de Sevilla, y no sé si también el arzobispo.

¿Cuán diferentes habrían sido las consecuencias, si todo ello hubiera pasado en un país más juicioso, más práctico y observador que el nuestro!

Cuando solamente la pacífica aparición de los toros y su acompañamiento causó tal desorden y estrago en la caballería, ¿qué no habría ocurrido si se hubiera azudado y enardecido á las reses bravas?

Porque es de suponer que en aquel campo de Agramante—en donde los cabestros harían el augusto papel de reyes Sobrinos—todos los esfuerzos de vaqueros, zagales y garrochistas se encaminarían á mantener quietos y tranquilos á los toros.

De otra suerte, se arma allí la de San Quintín... vuelta del revés. Es decir, á costa de las armas españolas

y del glorioso pendón
de Castilla y de León.

Un hecho así, acaecido entre alemanes, ingleses ó franceses, tendría consecuencias serias y resultados formales; porque al momento se pensaría en sacar partido de la bravura y del ímpetu de los toros para reforzar y aumentar los recursos del arte de la guerra.

¿No aprovechan los ingleses en su ejército de la India las poderosas facultades del elefante, ni más ni menos que en tiempo de Darío y Jerjes?

¿No hacen lo propio en Egipto con los camellos?

¿No han creado franceses y alemanes un servicio de *perros de guerra*, del cual se proponen obtener grandes ventajas?

¿No estudian también la manera de utilizar las golondrinas, en una forma análoga á la de las palomas mensajeras?

Pues si á pesar de los extraordinarios adelantos en el armamento moderno y á despecho de las inmensas transformaciones que está experimentando el arte de guerrear, se advierte ese empeño por aprovechar todas las fuerzas animales de la Naturaleza, ¿por qué no ha de seguir España el ejemplo de Alemania, Inglaterra y Francia, y á falta de elefantes y camellos, se vale de lo más fiero al par que manejable de la fauna española, formando un cuerpo de *toros de guerra*, que á fin de evitar rivalidades, ocuparía un puesto intermedio entre los cuerpos especiales y las armas generales de nuestro ejército?

Tenemos los primeros cuernos del mundo—aunque nos esté mal el decirlo—y no es cosa de desaprovechar tan buenas armas.

Harto más avisados que nosotros eran los españoles de la antigüedad, y hartos lo probaron en la tremenda paliza que dieron á los cartagineses á cuatro leguas de la vieja Salduba (hoy Zaragoza), si hemos de creer á Florian de Ocampo y á Duchesne.

Amílcar Barca, el gran caudillo cartaginés, pudo dar cuenta fácilmente de los mil y un pueblos en que se dividían los habitantes de la Península; pero en cuanto se juntaron oretanos y ólcades, túrdulos y turdetanos, carpetanos y vetones, coriete y austrigones, bastetanos y bástulos, etc., etc., para dar al invasor la batalla definitiva, la cosa varió de aspecto.

El encuentro fué á orillas del Ebro. La infantería cartaginesa, ayudada por los famosos elefantes africanos con sus torres á cuestas, fué impotente para romper las apretadas filas de los iberos. Amílcar tuvo que apelar á su recurso supremo, y la formidable caballería nómada se precipitó sobre las masas de indígenas.

Estos, en efecto, empezaron á replegarse en desorden á uno y otro lado, apenas tuvieron encima los terribles jinetes africanos; pero ¡cuál no sería el asombro de la caballería al ver que, detrás de los españoles, al parecer fugitivos, surgían móviles torbellinos de fuego que avanzaban en revueltos giros contra los cartagineses!

Los iberos habían reunido verdaderas manadas de toros y grandes carretas cargadas de materias inflamables con sus correspondientes bueyes, en cuyo testuz ardían hacedillos de paja impregnados de pez y alquitrán.

«Incitadas las bestias—dice un historiógrafo—por el dolor y la gritería, se precipitan furiosas, arrollando y abrasando cuanto encuentran á su paso y dejando horribles surcos entre las filas enemigas.

La confusión comienza: entre el humo y la polvareda no se ven más que aquellas columnas de fuego que corren, giran y vuelven á correr por medio del ejército casi destruido. En vano Amílcar quiere poner orden en sus filas: su voz es ahogada por los lamentos y gritos de espanto.

El ejército cartaginés cae deshecho, y para acabar de concluir con él, la caballería celtibera, que hasta entonces había permanecido impassible tras de un montecillo, se precipita sobre los restos del enemigo, le alcanza y le acuchilla sin piedad.

Amílcar ve su perdición sin remedio, y fiando su salvación en la fuga, hunde el acicate en el vientre de su corcel, que relinchando se desboca hacia el río: un pelotón de celtiberos le sigue. Al llegar el general al Ebro, redobla sus esfuerzos y entra en sus espumantes ondas. El generoso corcel, herido ya, pretende en vano ganar la opuesta orilla, y los soldados españoles detenidos en la ribera, miran con inquietos ojos á Amílcar, luchando desesperadamente con las aguas. Por último, la cabeza del general cartaginés se hunde y vuelve á aparecer varias veces, hasta que un remolino de espuma viene á ocultarle para siempre.»

¿Qué tal? ¿Toreaban nuestros antepasados? ¿Tenían mano izquierda?

La derrota de Amílcar fué de gran trascendencia para la altiva Cartago, y el efecto que produjo en los iberos fué tal, que **TODAVÍA SE FESTEJA EN ARAGÓN.**

¡Así como suena, caballeros!

Es fama—y no es broma, puesto que se trata de una versión recogida por cronistas serios—que de aquel ardid fogoso proviene la costumbre conservada todavía en muchos pueblos de Aragón de correr por la noche toros en cuyas astas arden bolas de pez y alquitrán, y á los que vulgarmente se llama hoy *toros de ronda*.

¿Prosperará mi proyecto de toros de guerra?

Ahí está la idea, para que la recoja si quiere el general Cassola—el de las reformas *non-natas*—ó algún émulo suyo que se proponga eclipsarle.

Yo, entre tanto, á guisa de himno nacional cantaré la incomparable marcha de *Pan y Toros*, modificando la letra levemente:

España será libre,
libre Castilla,
mientras haya en España
reses bravas;
porque tenemos
para asustar á Europa
miles de cuernos.

SOBAQUILLO

NUESTRO DIBUJO

COGIDA DE CARA-ANCHA EN CARTAGENA.

En el número 18 de LA LIDIA correspondiente al 12 de Agosto último, dimos cuenta del suceso representado en nuestro dibujo de hoy, ocurrido en la Plaza de Cartagena el 4 del citado mes, en los siguientes párrafos:

«Era el toro de D. José de la Cámara, primero de la tarde, retinto claro, ojialao, meano y astillado del izquierdo. Hizo una buena pelea en varas, y á su tiempo, Cara-ancha, de azul y plata, se dispuso á darle pasaporte. Algunos pases y dos pinchazos precedieron á una media estocada, de la que salió el diestro enganchado por el muslo derecho, intentando levantarse por dos veces sin poderlo conseguir.

Trasladado á la enfermería, resultó con una cornada en la región inguinal, de 16 á 20 centímetros, dislacerada, dejando algunos ganglios y la arteria y vena femoral al descubierto, y grave por sus proporciones, carácter y situación.

Esmeradamente asistido en la fonda Francesa por el doctor Mínguez, se le levantó el apósito el martes, y siguiendo la mejoría, podrá regresar á Sevilla en toda la semana entrante en compañía de su esposa, que llegó á Cartagena para estar al cuidado del enfermo.

Celebraremos que el restablecimiento del aplaudido matador sea completo, y en el más breve término.»

Como complemento á lo expuesto, añadiremos algunos detalles.

El toro, durante la suerte de varas, de las que tomó nueve, matando un caballo, intentó saltar la barrera detrás de Cara-ancha, al que alcanzó y arrojó sobre las tablas, sin más consecuencias que el consiguiente sobresalto.

El diestro, al entrar á matar, lo hizo al volapié, en

corto y derecho, tomando hueso las dos primeras veces, por lo que resultaron dos pinchazos. Con el mismo arte se metió la tercera, acostándose materialmente en la cuna, siendo entonces volteado y enganchado, y recibiendo la herida que dejamos consignada, que aunque de consideración, presentó desde los primeros instantes, por fortuna, un aspecto franco y bonancible.

Tanto es así, que el herido pudo trasladarse á los pocos días á su casa de Sevilla, donde llegó el martes 13 del mismo Agosto, siguiendo paulatinamente la mejoría y cicatrización de la parte lesionada, que le permitirá volver á la lidia, según el dictamen facultativo, en los primeros días del corriente Septiembre.

Campos, por medio de un comunicado á un periódico, ha manifestado su agradecimiento al doctor D. Juan Mínguez, en primer término, por su peritísima asistencia, y después á la Empresa de la Plaza de Cartagena por sus atenciones, y á sus amigos y á la prensa en general por el interés que con este motivo les ha inspirado.

Por nuestra parte, repetimos que nos causa verdadera satisfacción el rápido alivio de Cara-ancha, del contratiempo que origina estas líneas; y dejamos reproducido el hecho en el artístico dibujo debido al joven y distinguido cromolitógrafo de LA LIDIA D. Juan M. Gimenez.

M. DEL T. Y H.

Capotazos.

El mes de Agosto ha finalizado tan dignamente como empezó, continuando la serie cronológica de episodios taurinos que durante él han excitado la curiosidad de los aficionados.

Al cerrar el número anterior llegaba á nuestra noticia el resultado de la primera corrida de Almagro, en la que el espada Centeno sufrió una cogida sin consecuencias lamentables, en buen hora se cuente.

Siguió en turno la de José Rodríguez (Pepete) en la novillada del 25 en Madrid, cogido y volteado por un miureño, que le produjo una herida en la parte posterior del muslo derecho y rozaduras en la cara. El muchacho tuvo serenidad suficiente para matar al toro después del percance, retirándose luego á la enfermería.

El siguiente día en la Granja, al dar suelta al segundo bicho, el encargado de hacerlo se descuidó en abrir la puerta de la barrera, tomando la res el viaje por el callejón de ésta, arrollando, cuando se disponía á subir al tendido, á Vicente Vallejo, carbonero de Segovia, y causándole una profunda herida, de cuyas resultas falleció á las once de la noche en el Hospital Militar. En esta misma novillada, fué muerto el primero por los puyazos de los picadores y se armó al final un gran alboroto, con lluvia de tablas y botellas, por pedir otro toro en cambio del citado y no conseguirlo.

Y por último, el 28 en Tarazona de Aragón no pudieron lidiarse más que cuatro de los seis toros anunciados por utilizarse los dos espadas, que eran Espartero y Zocato, no sabemos hasta ahora si á causa de cogida ó otro accidente. El ganado pertenecía á la vida de Gota, y hubo también un regular escándalo, teniendo que despejar la fuerza armada.

Se sembraron la confusión,
y á la vez lograron notas
los Gotas de aprobación.
Si esto hicieran cuatro gotas,
¿qué no hiciera un chaparrón?

Comienza á hablarse de la próxima temporada en Madrid. La primera corrida de abono de esta serie se fija para el domingo 15, tomando parte Lagartijo, Frascuelo y Guerra.

Susurrase de una extraordinaria, que de poder organizarse se efectuaría el 8 y en la que Rafael Molina (Lagartijo), daría la alternativa al diestro mexicano Ponciano Díaz, que torea hoy en Oporto y el 3 en Villafranca de Xira, plazas ambas de Portugal.

Y está resuelto que la segunda corrida de Beneficencia sea el 29 del corriente. Los ocho toros de Palha, de que se habló en un principio para ella, no han prosperado. Hasta ahora hay cuatro de D. Faustino Muruve, y para los otros cuatro se indican las ganaderías de Miura, Ibarra y Anastasio Martín. ¿Y la de Sallito? Los matadores seguros al presente son Lagartijo y Guerrita, y los otros dos que reúnen más probabilidades, Angel Pastor y el Gallo.

Veremos lo que queda.

El espada Salvador Sánchez (Frascuelo), cazando uno de estos días en el monte de su propiedad, tuvo la mala suerte de resbalarse y caer, lastimándose una pierna y estando expuesto á mayor contratiempo por lo agreste y peñasco del terreno donde se encontraba.

Desearíamos no sea cosa de cuidado.

1.º Septiembre 89.

DON CÁNDIDO.

ADVERTENCIA.

Accediendo á las indicaciones de buen número de abonados á nuestra revista, daremos en breve otro número de la misma índole que el presente, con relación á la reciente cogida del diestro Manuel Hermosilla, en la Plaza de Ciudad Real.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid.